



# LA ROSAURA

## DEL GUANTE

Relación de las aventuras que pasaron los jóvenes Rosaura y D. Antonio de Narvaez, desde su primer encuentro hasta lograr su feliz matrimonio

### PRIMERA PARTE

A olvidar vanas memorias,  
 á divertir pensamientos,  
 á dar principio á mis ansias,  
 (esto es la verdad y lo cierto)

salí pues una mañana,  
 cuando abril de flores lleno  
 consuela con sus fragancias  
 los valles, montes y cerros.

Alegre me divertía  
en la maleza, y saliendo,  
dándoles vista á unos montes,  
donde pasa un arroyuelo  
que en azogados cristales  
sirve á una selva de espejo;  
y mirando á sus corrientes,  
en una sombra me siento.

Al cabo de breve rato  
que estaba sentado, observo  
que bajaba por el agua  
un guante, á quien yo de presto  
lo saqué de la corriente,  
y sacudiéndolo veo,  
que estaba todo bordado  
con hebras de oro fino y terso,  
y unas letras que decían:  
soy de la hija de Venus.

Confuso quedé al mirarlo,  
y discurriendo que el dueño  
más arriba quedaría,  
y que era mujer de cierto,  
seguí la fresca corriente,  
cuando á pocos pasos veo,  
que entretenida una dama  
estaba con un pañuelo,  
mojándolo en la corriente.

Helado quedé y suspenso,  
al ver tan original belleza  
sola en aquellos desiertos.

Oculteme entre unas ramas,  
donde vide por lo menos  
que era la dama de prendas  
y á medio vestir el cuerpo;  
traía una manteleta  
de muy rico terciopelo,  
con guardapiés de damasco  
y de plumaje un sombrero.

Levantóse en pie la dama,  
dió una vuelta y echó menos  
el guante que yo tenía;  
siguió la margen de presto,  
y llegando junto á mí,  
yo salgo de entre lo espeso.

Confusa quedó de verme,  
y dijo: válgame el cielo!  
si puede haber quien me ampare,  
hágalo usted, caballero.

Yo la dije: hermosa dama,  
encanto de estos desiertos,  
pasma de estas soledades  
y de estas selvas lucero.

¿Qué haces sola en este sitio?  
Y me dijo: caballero,  
escucha y te contaré  
mi tragedia en breve tiempo  
porque estás en gran peligro;  
y así digo, lo primero,  
como en Córdoba nací,  
y es mi padre un caballero  
tan noble, pues que posee  
la encomienda de carrero.

Tiene mi padre una quinta,  
cuatro leguas poco menos  
de Córdoba en unos montes,  
situada en lo más espeso  
de la gran Sierra-Morena,  
y este es mi común paseo.

Saliendo pues una tarde  
alegre á tomar el fresco,  
y llevando dos criados  
llegamos en breve tiempo  
no muy lejos de la quinta,  
cuanto de repente vemos  
que estaba junto á nosotros  
un bravo animal sangriento,  
un oso cuya bravura  
causaba terror á verlo.

Los tres caímos en tierra,  
y cuando volví en mi acuerdo  
me hallé en estas espesuras,  
sin que tuviese remedio;  
y para que me alimente  
me trae blancos y tersos  
panales de miel y cera,  
y con ellos me sustento.

Esto es lo que me sucede;  
y ahora por Dios te ruego

que te apartes del peligro,  
porque si el bruto sangriento  
en este sitio te halla,  
te dará la muerte fiero;  
vé á mi casa, y á mis padres  
refiéreles el suceso.

Yo la dije: hermosa dama,  
¿qué bruto, ni qué sangriento  
animal será bastante  
á librarse del incendio  
ó rayo de mi escopeta?  
y así si quieres que luego  
te saque de este peligro,  
sigueme y no tengas miedo.

Tomándola por la mano,  
sigo la margen de presto,  
y al cabo de breve rato  
vino el oso y la echó menos,  
y rastreando las huellas,  
corrió al monte como el trueno;  
nos divisó y dió un bufido  
el irracional tan fiero,  
que se estremeció la selva.

La dama en este tiempo  
se quedó toda turbada  
y el irracional sangriento  
para quitarnos las vidas  
se fué acercando ligero,  
encrespando la quedeja.

Y asestándole de presto,  
dándome licencia el muelle  
disparó el cañón violento  
cinco saetas de plomo,  
que al animal en el pecho,  
sin respetar su braveza,  
le abrieron cinco agujeros,  
que por el menor la muerte  
pudo anchurosa entrar dentro;  
dió un bufido y al instante  
midió con su cuerpo el suelo.

Y volviendo en sí la dama  
me echó los brazos al cuello:  
bizarro joven, decía,  
¡a ser tu esposa prometo

en pago de esta fineza;  
yo la respondí: lo acepto.

Nos dimos palabra y mano  
de esposos y prosiguiendo,  
me dijo, toma esta cinta,  
que días ha que la tengo  
para el que fuera mi esposo,  
y si no quereis creerlo,  
ella dirá la verdad  
y quedarás satisfecho.

El guante que mío tienes  
guárdalo, que en algún tiempo  
podrá ser de que te sirva.  
Quédate en paz, dulce dueño,  
y mira que no te olvides,  
que á la cuarta noche espero  
en mi quinta en una reja  
que tiene unos maceteros  
de fragantes azucenas:  
no haga falta por que espero.

Y á breve rato en el monte  
vimos venir con estruendo  
nueve hombres á caballo,  
y la dama conociendo  
ser su padre y dos hermanos,  
y otros de acompañamiento,  
que la ventan buscando  
me dijo: querido dueño,  
conviene que ahora te apartes,  
porque el primer movimiento  
han de quitarte la vida,  
y no conviene que á ellos  
hagas frente en este sitio.

Oculteme entre lo espeso,  
sin ser visto de ninguno;  
y llegando en breve tiempo  
los que vienen á caballo,  
con alegría y contento,  
muy gozosos la abrazaron,  
y de aquel sitio se fueron.

Yo me quedé en la espesura,  
confuso, triste y suspenso;  
saqué la cinta de seda,  
desdoblela y un lebrero

hallé en ella que decía;  
«el que de esta fuera dueño,  
también será de Rosaura  
esposo, queriendo el cielo».

Quedé alegre con la cinta  
y en breve á mi casa vuelvo:  
y montando en un caballo,  
una tarde cuando Febo  
quería ocultar sus luces,  
vuelvo á buscar á mi dueño.

Díse pues vista á la quinta,  
y allí me estuve encubierto  
hasta que la oscura noche  
tendiera su manto negro.

A un árbol até el caballo  
porque no anduviera inquieto:  
le eché porción de cebada  
en la capa y con secreto  
paseé toda la quinta,  
llegué al referido puesto  
del balcón, hice una seña,  
y la dama con anhelo  
salió á él y me dijo:

«Amante y querido dueño,  
conviene el que esta noche  
me saques, porque sé cierto  
de que mi padre me tiene  
prometida á un caballero  
de Madrid; esto no dudes».

Pero fortuna, ¡y qué presto  
me trastornaste en tu rueda!

Tu inconstante movimiento  
á un vaivén hace infelices;  
á los que dichosos fueron;  
así lo hiciste conmigo:  
pues un criado á este tiempo  
que me vió hablar con Rosaura,  
por ser fiel, ó parecerlo,

creyendo ladrón sería,  
entró á dentro como un trueno;  
y dando cuenta á su padre,  
al punto se previnieron  
los que estaban en la quinta  
con palos y armas de fuego,  
saliendo para matarme,  
ignorando yo el suceso.

Disparáronme dos tiros,  
pero dieron en el suelo  
las balas y yo animoso  
me opuse con todos ellos.

Empiezo con mi carabina,  
y á uno quité el aliento,  
hiriendo á los dos hermanos  
de la dama, y conociendo  
que era una cosa imposible  
el salir con el empeño  
de llevarme yo á Rosaura,  
me escapé de todos ellos.

Fuí donde estaba el caballo,  
monté en él pronto y ligero,  
y á Córdoba dí la vuelta;  
pero como estaba ardiendo  
en amores de Rosaura,  
á cada instante mi pecho  
se encendía en vivas llamas,  
pensando en mi adorado dueño.

Quise volver á buscarla,  
y de cierto me dijeron,  
como su padre agraviado  
del referido suceso,  
una noche la sacó  
sin saber á donde fueron.

Del modo que yo quedé  
considérelo el discreto,  
y en otra segunda parte  
daré fin á este suceso.

## FIN DE LA PRIMERA PARTE